

Quesnay y la economía política clásica

Dans la recherche de la verité par le calcul, toute la certitude est dans l'evidence des donnés.

F. Quesnay (1888, p. 511 n.)

INTRODUCCIÓN

Este artículo da por sentado que el lector tiene alguna familiaridad con las doctrinas de los primeros en llamarse «economistas», los fisiócratas franceses. Tres recientes ediciones en castellano (Quesnay, 1974a, editado por Valentín Andrés Álvarez; Quesnay, 1974b y Meek, 1975) y el artículo de S. Rol-dán testimonian un interés creciente por estas doctrinas, a la vez que permiten un acceso fácil a la mecánica del *Tableau Économique* y hacen menos imperdonable el que no se inicie este artículo con una presentación sucinta del mismo.

Mucho puede decirse en favor del estudio del modelo de Quesnay para la economía capitalista como primer paso en el desarrollo de un análisis completo de esa economía.¹ Quesnay fue el primero en tratar el capitalismo como una estructura en continua auto-reproducción; el primero, como dijo Marx, en reintegrar consistentemente la aparición del valor y el plusvalor en la esfera de la producción y en negar, por tanto, el carácter mercantil del fenómeno.

Este trabajo trata de contribuir al objetivo teórico apuntado en varios sentidos.

Primero, se defiende aquí que, efectivamente, Quesnay toma la economía como economía capitalista naciente, defensa que vale la pena hacer en relación con su tratamiento, aparentemente pre-capitalista, de cuestiones tales

1. Ésta es la dirección adoptada ya en algunos cursos que presentan una secuencia de modelos estructurales de la economía desde Quesnay a Leontief, Sraffa y Von Neumann, tales como el curso de «Análisis Económico» de T. VIETORISZ en la New School for Social Research, Nueva York, donde se originó este artículo y el de L. PASINETTI, «Topics in Ec. Analysis», Columbia, 1971.

como la productividad del trabajo agrícola, el concepto de valor neto, el contenido de los servicios ofrecidos por los propietarios de tierra y la naturaleza del interés.

Segundo, se argumenta que el *Tableau Économique* tiene mucho más que decir acerca de los aspectos formales de la producción capitalista (como proceso de extracción de plusvalía y de reproducción sostenida sobre bases económicas) que acerca de las categorías históricas del capitalismo tal como las desarrollaron más tarde los economistas clásicos ingleses. Éste es precisamente el quid de la conexión entre Quesnay y Marx; es decir, la «transformación» del sistema teórico que va del primero al segundo es una transformación de las categorías históricas implicadas, dejando en principio la estructura formal intacta. En esta sección se discuten algunos detalles tradicionalmente abordados en las interpretaciones clásicas del *Tableau* (Meek, 1963 y Tsuru, 1964).

Tercero, se sugiere que no sería inútil una reconsideración del papel de Quesnay en el desarrollo de la Economía Política, no sólo en el sentido antes indicado de constituir el punto de partida de lo que podría llamarse la Teoría Económica de la Reproducción, sino también en el campo del comercio internacional, en el cual Quesnay representa una especie de paradigma anti-ricardiano que merece cierta atención, creo, en vista de los más recientes desarrollos de la economía mundial.

En el apéndice se presenta una breve discusión formalizada de los datos del *Tableau* y su influencia sobre la determinación del tipo de beneficio o excedente. También se compara tal determinación con la de Ricardo en el *Essay on the effects of a Low Price of Corn*.

I. CAPITALISMO Y FEUDALISMO EN QUESNAY

Es bien sabido que todo el modelo económico de Quesnay reposa sobre la productividad de la agricultura, es decir, sobre la capacidad de ésta para producir más de lo que absorbe como gasto material.

No es tan corriente, sin embargo, la observación de que en la teoría de Quesnay se comparan *dos* modelos socio-tecnológicos, el primero correspondiente a un universo feudal y el segundo a un universo capitalista. Por supuesto, el sistema capitalista aparece en la alternativa no como un capitalismo plenamente desarrollado sino como una criatura frágil, incapaz aún de sostenerse sobre sus dos piernas, agricultura e industria. Pero aún si la tierra se concibe como materialmente productiva *per se*, lo que la hace capaz de producir *valor neto* es la agricultura capitalista en gran escala. Las siguientes citas destacan claramente este punto.

En el artículo *Fermiers* de la Enciclopedia Francesa, Quesnay establece una neta distinción entre campesinos ricos que trabajan con caballos y campesinos pobres que trabajan con bueyes. La distinción se repite en la forma

de tenencia de la tierra: en el primer caso la tierra es arrendada contra el pago de una renta en dinero (renta que es fija por la duración del contrato); en el segundo caso la cosecha se divide entre aparcerero y propietario según una proporción fija.

Lo que es más importante: los campesinos ricos se supone que adelantan el capital circulante y la mayor parte del fijo que se requiere para trabajar la tierra. Los aparceros en cambio trabajan con pequeños capitales, concretamente los bueyes, cuyo valor es adelantado por el propietario.

El arrendatario (*fermier*) que monta su explotación con cuatro caballos tiene que gastar una cantidad considerable antes de obtener la primera cosecha... tiene que gastar en caballos y resto del ganado... aportar el grano... proveer de comida a los trabajadores.

En las regiones en las que no hay arrendatarios capaces de sufragar estos gastos iniciales, el propietario tiene que conformarse con el cultivo a base de bueyes por labradores que le entregan la mitad de la cosecha. Este tipo de labor de la tierra requiere muy pocos gastos por parte del aparcerero: el propietario pone los bueyes y las semillas; los gastos del aparcerero se limitan a los útiles de trabajo y su propio sustento hasta la primera cosecha, y aun muchas veces el propietario tiene que correr con todo esto.

(Quesnay, 1888, p. 160. Las traducciones de esta edición son mías.)

La aparcería era el modo de producción que prevalecía en tiempos de Quesnay en Francia. Los campesinos ricos cultivaban sólo 1/8 del total de las tierras trabajadas. El resultado de esta situación era «una enorme degradación de la agricultura en Francia, debido a la falta de arrendatarios».

Otras clases poblaban, además, la campiña francesa. Ayudantes, carreteros y payeses son los que más a menudo se citan. Todos parecen corresponder a trabajadores sin tierras, aunque los payeses podrían poseer pequeñas parcelas de tierra para subvenir a parte de las necesidades familiares (pero no plantar trigo). En esta imagen de la agricultura francesa los señores de la tierra tenían también un importante papel económico: ellos financiaban, al margen de los gastos mínimos de la aparcería, las infraestructuras rurales, tales como caminos, canales y riegos.

Sin embargo, el *Tableau* es un modelo en el que todas estas complicaciones han desaparecido para dejar paso a una situación hipotética en la que los campesinos ricos (los arrendatarios) constituirían el grueso de los cultivadores de tierras. Los payeses serían plenamente empleados por los arrendatarios, y el resto de los trabajadores rurales obtendrían también salarios de subsistencia. Se supone que los propietarios habrían realizado todos los gastos precisos para el acondicionamiento productivo de la tierra y que, por tanto, estarían dispuestos a dirigir todo su ingreso hacia el consumo mitad en productos del campo, mitad en manufacturas.

El *Tableau* se basa, en la mayoría de sus versiones, en un output valorado en 5.000 millones de libras.² La cifra real de producción era de 2.000 millones (Quesnay, 1888, p. 216). La diferencia entre una y otra cantidad debía explicarse por una serie de transformaciones cuyo eslabón principal era el establecimiento de una agricultura capitalista en Francia. Dos equilibrios entran, pues, en juego. Las condiciones de existencia y estabilidad del «modo de producción óptimo» constituyen la preocupación teórica fundamental de Quesnay.

Las condiciones del equilibrio óptimo tienen que entenderse en el sentido de pautas de comportamiento y relaciones de precios necesarias para la reproducción de la distribución inicial de recursos al final del período de producción, concretamente: a) Abolición de impuestos indirectos y establecimiento del impuesto único sobre la renta de la tierra. b) Libre comercio del trigo, que comportaría un alto precio del mismo en términos de manufacturas. c) Una determinada proporción (50-50) en las propensiones a consumir alimentos y manufacturas por parte de los propietarios, considerándose equivalente a acumulación cualquier desvío en favor del consumo de alimentos y equivalente a degradación hacia un equilibrio subóptimo cualquier desvío en sentido contrario.

¿Hasta qué punto la transición hacia este equilibrio óptimo se basaba en la existencia *previa* de una clase de campesinos ricos? ¿Cómo se justificaba la optimalidad de tal equilibrio? ¿Cómo había de aparecer aquella clase de campesinos ricos, o cuál sería, en términos de Marx, el proceso de acumulación primitiva? El artículo *Trigo (Grains)* de la Enciclopedia Francesa muestra más claramente aún que el anteriormente citado cuál era la posición de Quesnay en torno a las dos primeras cuestiones, y deja la tercera en la oscuridad que caracteriza a toda la obra de Quesnay en este punto.

No consideramos al campesino rico aquí como un trabajador que cultiva por sí mismo la tierra, sino como un empresario que gestiona y mejora el valor de su empresa gracias a sus conocimientos y a su fortuna... (Los arrendatarios) son hombres libres que están en condiciones de sufragar los considerables adelantos que requiere el cultivo de la tierra y que emplean payeses a cambio de la seguridad de unos ingresos decentes.

(Quesnay, 1888, p. 219)

El estadió de prosperidad... es menos el producto del trabajo del cultivador que el producto de la riqueza que éste sea capaz de emplear en el cultivo de la tierra. El abono produce ricas cosechas; el ganado produce abono; pero sólo el dinero compra ganado y paga a los hombres que han de manejarlo.

(*Ibidem*, p. 243)

2. Para éste y otros aspectos del *Tableau* en detalle, lo mejor es ir a MEEK (1963).

Los ingresos son producto de la tierra y de los hombres. Sin el trabajo del hombre, las tierras carecen por completo de valor. Los bienes originarios de un gran Estado son los hombres, las tierras y el ganado.

(Quesnay, 1974a, p. 177)

Los que no emplean más que un arado (tienen) gastos en los diferentes elementos de su explotación (...) proporcionalmente mayores. (...) Tanto una pequeña explotación como una explotación importante exigen, en muchos aspectos, gastos que no se encuentran en la misma proporción que sus respectivas ganancias. Por tanto, los agricultores ricos que emplean varios arados cultivan mucho más rentablemente para ellos mismos y para el Estado que los que se limitan a un solo arado...

(*Ibidem*, p. 174)

Todo esto basta para zanjar el simplismo de las habituales interpretaciones de la Fisiocracia en términos de pura defensa de la productividad material de la tierra. El trabajo es crucial en esa productividad, y no cualquier trabajo sino el que es movido por el capital, opera en gran escala y con economías de gran tamaño, y, en último término, proporciona al Estado ingresos suficientes.

«Valor neto», parece entreverse en estas líneas, sobre todo si aceptamos la interpretación ya clásica (Meek, 1963, 1974) de que los beneficios de que se habla son a corto plazo (o por la duración del arriendo), es el excedente que la nación y el rey se apropian. Y ese excedente no debe consistir en metales, como los mercantilistas pretendían, sino en producto agrario sobrante. Tales excedentes (un «saldo activo en productos primarios» acompañado de un «saldo pasivo en manufacturas») no harían a la nación «tributaria de otras naciones» (Meek, 1963, p. 247), aunque ciertamente implicarían un coste. Al contrario, permitirían a la nación disponer de los medios precisos para disputar batallas victoriosas.³

El valor total tiene aquí, pues, al parecer dos aspectos: el valor total bruto incluye el trigo necesario para alimentar a la totalidad de la población tomando a sus miembros uno por uno; el valor neto tiene que ver no con esta subsistencia de los individuos uno por uno, sino con la subsistencia de la nación en conjunto en su lucha constante con otras naciones. Un excedente de trigo equivale a un buen ejército: éste no se crea sólo sobre la base de la abundancia de hombres, como erróneamente piensan los militares. Es necesario contar con una población abundante en un país rico en tierra, pero no se gana nada sobrepasando un óptimo de población determinable (Quesnay, 1974a, pp. 176-177). La gente en armas es una pérdida para la nación; lo importante es el trigo (los salarios) para emplearla improductivamente si

3. «Las batallas ganadas simplemente matando hombres, sin causar otros daños, hacen poco por debilitar al enemigo si éste dispone aún de los salarios de los hombres que ha perdido y si esos salarios son lo bastante altos para atraer a otros hombres... La riqueza sostiene el honor de las tropas» (en MEEK, 1963, p. 261).

la guerra es precisa. La reproducción de la sociedad incluye este tipo de cálculos. Y esto es lo que cuenta probablemente para hacer de la agricultura la única *producción* en el sentido fuerte de la palabra: el hecho de que su producto es esencial, básico, en la competencia política con otras naciones.⁴

A esta justificación de la optimalidad del modo de producción y distribución propuesto por Quesnay cabe hacer varios y serios reparos. Marx, por ejemplo, como veremos luego, no aceptaba las palabras de Quesnay tal como suenan; creía más bien, probablemente, que ese homenaje al Estado y a sus necesidades bélicas era un expediente utilizado por los capitalistas agrarios para legitimarse como clase necesaria —lo que conllevaría la implicación de que los beneficios de los arrendatarios eran tan sólidos en la mente de Quesnay como lo fueron después los beneficios capitalistas en general para los economistas clásicos británicos, y el hecho de que a largo plazo la competencia entre arrendatarios por mejores tierras permitiera absorber esos beneficios a los propietarios en forma de rentas no privaría entonces a esta situación de sus rasgos básicamente capitalistas. Es ésta una objeción hasta cierto punto admisible aquí.

Un segundo tipo de reservas a la esbozada interpretación del concepto de «valor neto» en Quesnay provendría del hecho de que no sólo el trigo que el rey podía apropiarse por vía fiscal era *produit net*. También los propietarios vivían en definitiva, del excedente. Pero las restricciones que las condiciones de estabilidad del equilibrio imponían sobre el comportamiento de los propietarios conllevan en el modelo la cuasi-integración de éstos en una amplia categoría de empresarios agrícolas. Cuando se interpreta el *Tableau* como un modelo input-output cabe sugerir, como se ha hecho ya, que los «servicios» ofrecidos por la clase propietaria —y que tienen que aparecer en la adecuada fila y columna para que la tabla cuadre— podrían denominarse «protección» o algo así.⁵

Tal denominación es correcta para el componente estatal y eclesiástico⁶ de la clase propietaria. Pero no cuadra su apariencia de transacción feu-

4. «La base de la sociedad son los medios de subsistencia y la riqueza necesaria para el poder que tiene que defenderlos» (QUESNAY, citado por M. KUCZYNSKI, 1972, p. xxxiii).

5. Más común es la denominación «servicios de arriendo», como en A. PHILIPS (1955). No sé si es completamente legítima esta asimilación del correspondiente pago a los propietarios a una renta diferencial (ver *ibidem*, p. 143). En la Francia de Quesnay no hay escasez de tierras sino al contrario, escasez de población agraria y de capitales. Si bien en la Francia del *Tableau* se ha remediado ya tal escasez relativa, allí no hay ya crecimiento y la renta debe entenderse probablemente aún como renta absoluta, no como renta diferencial.

6. La posición de la Iglesia raramente se trata en sí. Quizá sea significativo que el diezmo obtenido por el clero aparezca en un caso (QUESNAY, 1888, p. 207) no como parte del excedente sino como un coste, aunque los párrafos iniciales del *Tableau* incluyen a los diezmadores o diezmeros (el clero) en la clase propietaria. En este caso la clase propietaria obtendría pues el excedente más el diezmo. Éste es también el contexto que Meek considera como único ejemplo de obtención de un *beneficio* (Cantilloniano, es decir, comercial más que capitalista) por parte de los arrendatarios:

$$\begin{aligned} \text{Producto Neto} &= \text{Renta} + \text{Impuestos} + \text{Beneficio.} \\ \text{Coste} &= \text{Gastos de Producción} + \text{diezmo.} \end{aligned}$$

dal, en el caso de los terratenientes, con las tareas de valoración de la tierra para su cultivo con métodos capitalistas ni con las nuevas relaciones propietario-arrendatario que Quesnay defiende.

Quesnay piensa que los propietarios de tierra tienen que comportarse económicamente con respecto a la tierra y su explotación. Las rentas serían más altas si los terratenientes favorecieran los métodos capitalistas de cultivo. Los impuestos, en consecuencia, serían también más altos.

En varios pasajes (ver, por ejemplo, Quesnay, 1888, p. 208), Quesnay aboga por la conversión de los aristócratas en arrendatarios. Algunos nobles feudales no tienen tierras suficientes para establecer una explotación moderna; debería entonces permitírseles que arrendaran tierras para incrementar la escala de sus operaciones, y pagar, por tanto, rentas y también impuestos (que de otro modo no pagarían). Después de todo los aristócratas alquilan apartamentos en las ciudades. ¿Por qué no habrían de alquilar tierras?

Quizá todo esto nos dé una clave del proceso de acumulación primitiva que Quesnay tenía en la cabeza y que podría consistir en la conversión generalizada de los ricos en capitalistas y de su riqueza en capital.

Quesnay habla acerca del «imbécil burgués» («que cree que basta con trabajar y torturar la tierra para obtener de ella buenas cosechas», Quesnay, 1888, p. 243). Combate también la «ignorante avaricia de los terratenientes» que presionan al Estado para que ponga impuestos a los cultivadores y braceros en vez de tasar las rentas de la tierra, olvidando que «los hombres, cuya constitución física muestra sólo necesidades, no son capaces de pagar nada por sí mismos», de modo que en último término el impuesto cae sobre la renta de los propietarios, esta vez por la vía de la degradación de la escala de todo el proceso y por tanto del producto neto (Quesnay, 1888, p. 704).

La ignorancia del burgués parece ser invencible; la del terrateniente, rebatible y sujeta a una convincente controversia.

Puede admitirse que Quesnay estuviera en línea con el movimiento de «retorno a la naturaleza» de la primera parte del siglo XVIII. Lo que ya cuesta más de tragar es que «la Fisiocracia es en realidad una racionalización de la vida económica medieval» (Beer, 1939, p. 110) y aún más que «el *Tableau Économique* es una representación gráfica de esta vida y no, en modo alguno, la de la Francia del XVIII» (*ibidem*). Ni una cosa ni otra, sino todo lo contrario. El *Tableau* es una negación de la Francia del XVIII basada en la hipótesis de la generalización de los métodos capitalistas de cultivo que empezaban entonces a abrirse paso en Gran Bretaña.

Una última prueba de lo infundado de la atribución a Quesnay de intenciones medievalistas (como en Beer, 1939, p. 116) está en su tratamiento del interés. En un artículo sobre el tema —parece que discutido incluso por otros fisiócratas— Quesnay admite la existencia del interés sobre la base de la ganancia que la riqueza tomada a préstamo puede generar. Es precisamente esta proporción entre ganancia y riqueza, en la agricultura, la que establece un límite al tipo de interés justo.

Nada parece más lógico que esa justificación del interés, dada la insistencia de Quesnay en el papel del capital monetario en la obtención del modo de producción óptimo en la agricultura. Sin embargo, los efectos de un tipo de interés demasiado alto se consideran nefastos; Quesnay ponía esos efectos al mismo nivel que el daño causado por las exacciones establecidas sobre las cosechas en vez de ser impuestas sobre el ingreso o producto neto:

Si los impuestos recayeran sobre el arrendatario mismo, si se llevaran sus beneficios, la agricultura languidecería... los ingresos de los propietarios descenderían... esto les llevaría a prescindir de gastos en manufacturas y servicio... y todo el proceso económico resultaría degradado... (Lo mismo ocurriría) *si los arrendatarios fueran arruinados por el financiero...*

(Quesnay, 1888, p. 244)

Una hipótesis interpretativa de lo dicho hasta aquí acerca de la posición de Quesnay con respecto al capitalismo podría ser la siguiente:

Dada la importancia de establecer una agricultura capitalista en gran escala para maximizar el valor neto (el excedente de trigo disponible para la defensa de la nación), puede pensarse que Quesnay estaba construyendo una argumentación en favor del capitalismo agrario como el modo de producción idóneo para servir a las necesidades de la nación en conjunto. Este tipo de razonamiento fue invertido más tarde, cuando se juzgó la bondad del Estado por la medida en que éste servía al capitalismo (aunque esto no era aún totalmente así en Adam Smith, contra lo que ordinariamente se cree, puesto que para Smith «la defensa era más importante que la opulencia»).

¿En qué medida esa primacía de los intereses del Estado en Quesnay implica que debía conservarse el *Ancien Régime*? La cuestión es compleja. La nobleza feudal se ve progresivamente disolviéndose en una nueva clase agrícola capitalista. Si bien se admite que la aristocracia disfrute de un consumo diferencial, el modelo lo predetermina y circunscribe severamente. Pero Quesnay ignoraba con toda seguridad el grado de interdependencia entre las relaciones socioeconómicas y la política en cuanto tal, es decir, no poseía una concepción completa del modo de producción tal como más tarde la desarrolló Marx o como implícitamente la percibió la Economía Política de Ricardo.

El modelo de Quesnay puede tomarse como un modelo doble de equilibrio general, en el que las condiciones de estabilidad, dada la simplicidad de los supuestos, se formulan en términos de medidas de política y pautas de comportamiento claras y significativas. La simplificación crucial, desde luego, consiste en la restrictiva concepción de la producción en el sentido fuerte de la palabra como equivalente a producción primaria, lo que permitía una agregación directa y sin problemas, o mejor, evitaba que el problema de la agregación se planteara siquiera (este punto se discutirá de nuevo más adelante).

El signo de interrogación queda abierto en cuanto al origen de la capitalización primitiva (o «adelantos primitivos», en términos de Quesnay).⁷ ¿Es esta indeterminación puramente una consecuencia del débil tratamiento del interés del capital, que hacía que los arrendatarios, desasistidos por el capital financiero, tuviesen que ser ricos «de por sí»? Ésta es la otra cara del problema de la falta de ideas acerca de la transición de un modo de producción a otro, la cara *lógica* del problema. Nunca está del todo claro cómo aquella riqueza necesaria de los campesinos arrendatarios llegaría a producirse (a no ser por conversión de los aristócratas a la «nueva fe»). Desde el punto de vista lógico o formal (que inquietó constantemente a Marx a lo largo del volumen II del *Capital*, cuando se preguntaba ¿de dónde proviene el dinero inicialmente?) es claro que si el crédito jugaba un papel importante, los financieros dudarían entre colocar sus fondos en la industria o en la agricultura —o incluso directamente en títulos estatales, como ocurrió antes en España— y que la igualación de los tipos de interés, a poco que los rendimientos decrecientes entraran en juego, debía producirse inexorablemente entre aquellos dos sectores. Quizás esta posibilidad asustaba a Quesnay, obsesionado por la necesidad de alejar capitales de la manufactura de lujo para instaurar una agricultura progresiva; quizá no le preocupaba en absoluto en la medida en que confiase en que no aparecerían rendimientos decrecientes en la agricultura hasta muy adelantado el proceso de modernización y expansión, cuando ya el libre comercio del trigo hubiera elevado los costes de la manufactura y comprimido sus tipos de beneficio.⁸

En todo caso el capitalismo limpio y rural de Quesnay nunca llegó a establecerse como modo de producción dominante. Lógicamente se le pueden encontrar fallos; históricamente carecía de raíces en una clase sólidamente establecida, en contraposición con la economía política de Ricardo; ideológicamente, el modelo fisiocrático tenía seguramente algo que ver con el conjunto de circunstancias de todo tipo (expulsión de los protestantes pro-industriales —hugonotes—, colapso del experimento monetario de John Law, etcétera), que llevaron a Rousseau en 1753 a oponerse a los primeros cerramientos de tierras comunes y escribir:

Dieu tout-puissant... delivre-nous des lumières et des funestes arts, et rend-nous l'ignorance, l'innocence et la pauvreté, les seuls biens qui puissent faire notre bonheur.

Pero la Fisiocracia tenía tan poco que ver con la defensa del orden medieval, a mi entender, como Rousseau con la Escolástica.

7. De aquí, supongo, Marx sacó el término «acumulación primitiva».

8. La segunda conjetura es la más consistente con la idea (expuesta antes, n. 5) de que la renta no es aún diferencial sino absoluta. Recuérdese que la primera formulación de la ley de rendimientos decrecientes es posterior (TURGOT, 1767).

II. LA VALIDEZ FORMAL DEL MODELO DE QUESNAY

Hay una chocante similitud entre el mecanismo formal establecido en los *Tableaux* y *Formules* de Quesnay y la descripción por Marx del proceso de producción de plusvalía (vol. I del *Capital*) y circulación del capital (vol. II). El modelo de Quesnay, más simple, no distingue clases sociales de sectores: existe un solo sector-clase productivo, un solo producto en el sentido fuerte de la palabra, y ese mismo producto es la medida de valor. Marx incorpora la distinción introducida por Smith y Ricardo entre sectores de producción y clases sociales, con un solo factor o clase productiva, el trabajo asalariado. Pero la relación (en el vol. I del *Capital*) entre trabajo y capital es en esencia un intercambio desigual como la relación entre el sector agrario o productivo y la clase de los propietarios en Quesnay.

Es importante tener en cuenta, además, como ya se ha dicho, que para Quesnay el valor neto (una disponibilidad de trigo por parte de alguien que *no* es su productor) sólo puede maximizarse si una cierta relación de intercambio prevalece entre trigo y manufactura. Esta relación (un precio alto del trigo en términos de manufacturas) implica que el tipo de beneficio (o plusvalía, para los fines aquí perseguidos) tiende a cero en la manufactura. Sólo el trabajo productivo, en el lenguaje de Marx (la clase o sector productivo, en el de Quesnay) produce valor excedente. Trataremos de ver por qué los fisiócratas razonaban de este modo.

La producción y consumo de manufacturas *comunes* no estaba generalizada en la Francia del Antiguo Régimen; el objetivo central del período Colbertiano había sido la producción de manufacturas de lujo con el fin de obtener un saldo sustancial de metales preciosos en el comercio internacional. Para los fisiócratas dada la composición del output de la manufactura, un flujo interno de compras y ventas en este último sector o bien carecía de sentido o bien expresaba una adicional diversión de recursos productivos hacia empleos que no lo eran —a costa de una disminución del consumo necesario medio—.

Quesnay tuvo seguramente problemas para reconciliar la necesidad de una clara denuncia de este peligro con los requisitos de coherencia del modo de producción óptimo descrito en el *Tableau*, situación en la que ciertamente las manufacturas no habían de ser sólo bienes de lujo y entrarían con toda probabilidad en el vector de bienes de subsistencia consumidos tanto por los productores urbanos como por los rurales.⁹

El primer párrafo del artículo sobre el trigo en la Enciclopedia resulta muy útil para comprender esta característica del problema teórico planteado:

9. Quizá podría decirse que Quesnay confundió los requisitos genéticos del sistema con las exigencias de su reproducción. Los requisitos de coherencia dominaron finalmente en las últimas versiones del *Tableau*, en las que las compras de manufacturas por parte de los agricultores se consideran claramente como gastos de consumo, a cambio de desindustrializar el contenido de los flujos de amortización.

La manufactura de textiles y productos corrientes puede incrementar grandemente el valor del lino y la lana, y ofrecer sustento a mucha gente empleada en tales menesteres productivos. Pero hoy vemos cómo la producción y el comercio de la mayoría de estos bienes ha sido casi abolida en Francia. Hace ya mucho tiempo que las manufacturas de lujo han seducido a la nación: no tenemos ni la seda ni la lana que se necesita para producir textiles y confecciones de alta calidad; nos hemos dedicado a una industria que nos era extraña; hemos empleado en ella una gran cantidad de gente en tanto que el reino se despoblaba y la tierra quedaba desierta.

(Quesnay, 1888, p. 193)

Pero cuando los productores de bienes necesarios consumen bienes en principio no-necesarios, como ocurre en el *Tableau*, hay que escoger una de estas dos alternativas: o bien aquellos productores disponen de una parte del excedente, o los bienes en principio no-necesarios (manufacturas) devienen necesarios y sus productores generan valor neto como en el primer párrafo del pasaje citado.

Quesnay nunca desarrolló implicaciones de alguno de sus supuestos —precisamente los supuestos más «realistas» a la luz de la historia posterior—. Si lo hubiera hecho, hubiese tenido que desembocar en un modelo más complejo, como el de los ingleses y Marx, en el que el trabajo manufacturero sería también productivo y en el que, por tanto, sólo el tiempo de trabajo (no la cantidad de trigo) podía servir de medida del valor, y sólo la capacidad del trabajo productivo para producir más de lo necesario para auto-generarse podía poner límites a la escala del sistema.

No habiendo dado este paso —que posiblemente Quesnay no se atrevió a dar en vista de las complicaciones que introducía en el modelo, si es que llegó a entrever que tal paso era lógicamente necesario— los límites existentes a la escala de la reproducción tenían que venir dados por la disponibilidad de bienes necesarios o de subsistencia, es decir, de trigo en sentido amplio.

Todos los flujos del *Tableau* están directa o indirectamente relacionados con la producción de trigo y su realización. Aquellos que no producen trigo pueden sólo incrementar la escala de sus operaciones en la medida en que los productores de trigo (o los receptores del excedente) incrementen su demanda de bienes no necesarios. Los productores de trigo sólo podrían incrementar su demanda de estos bienes si encontrasen útil introducir nuevos bienes manufacturados en sus procesos productivos; pero esto no es así cuando tanto el capital fijo como el circulante provienen del propio proceso agrícola (semillas, estiércol, alimentos, pienso para el ganado, el ganado mismo). Los receptores del excedente sólo podrían expansionar su demanda de manufacturas sacrificando parte de su demanda de productos agrarios (no estrictamente «necesarios», sino inclusivos de alimentos caros y refinados); sin embargo, si llevaran a términos esta sustitución dañarían la escala de todo el sistema puesto que la clase productiva no podría recuperar los adelantos anuales, en tanto que los enriquecidos manufactureros dispondrían de una parte del ex-

cedente de trigo superior a la necesaria para reproducir sus operaciones y probablemente expandirían sus operaciones antes que lanzarse al consumo de alimentos de lujo.

Los productores de manufacturas existirían sólo en la medida en que alguien les transfiriese un derecho sobre la producción de bienes necesarios, con los que tanto ellos como sus operarios subsistirían. Si los productores de manufacturas tuviesen que comerciar entre sí, es decir, vender manufacturas a otros artesanos o trabajadores de la ciudad, tal expansión tendría que ser financiada por una correlativa expansión de la producción de bienes necesarios o trigo; y esta última era poco verosímil en las condiciones originadas paralelamente en el resto del sistema.

¿Hasta qué punto puede hablarse entonces de una teoría de los precios y del valor en el *Tableau*? Sabemos que existen unos límites tanto a la relación de intercambio como a la tasa de reproducción o de generación de valor neto, límites que el sistema no puede vulnerar. Pero no hay manera de derivar precios directamente del *Tableau*, que viene presentado en términos monetarios y sin información alguna acerca de los flujos físicos correspondientes.

Sin embargo, los datos adicionales en las «explicaciones» o comentarios de los cuadros numéricos dicen bastante acerca de las escalas de los sectores, es decir, acerca de la población que vive y está empleada en cada uno de ellos. En consecuencia, si se suponen ciertos coeficientes o propensiones fijos en el consumo —como Quesnay mismo supone— ha de ser posible hallar una relación de intercambio (trigo por manufacturas) que sea consistente al mismo tiempo con los flujos monetarios y con las escalas relativas del consumo físico de las tres clases.

Meek (1963) avanzó medio camino en esta dirección y llegó a una solución para los flujos monetarios contabilizados en el *Tableau* y sus contrapartidas reales. Los problemas principales que se plantea Meek son *a*) la ausencia de intercambios interiores en el sector manufacturero, y *b*) la compaginación de esta cuestión con el enojoso hecho de que la población agrícola se supone doblemente numerosa que la urbana, mientras que su consumo de alimentos parece a primera vista similar. Como veremos, no hay ninguna manera totalmente satisfactoria de resolver esta discrepancia en el *Tableau* mismo y aquí tenemos quizás otro ejemplo de la confusión de Quesnay entre los requisitos genéticos o de transición entre los dos equilibrios (concretamente la necesidad de detener el abandono de la tierra por los hijos de los campesinos) y los requisitos de estabilidad o reproducción del modo de producción óptimo.

Pero ya es hora de que conozcamos las cifras en juego. Un producto agrícola anual total por valor de 5.000 millones de libras se distribuye entre la clase de los propietarios (1.000 millones), la clase estéril o manufacturera (1.000 millones en alimentos y otros 1.000 en materias primas) y el propio sector agrícola o productivo (1.000 millones en alimentos y otros 1.000 en materia prima, especialmente semillas). La población se distribuye en la proporción 1/4, 1/4, 1/2 entre las tres clases citadas, en el mismo orden.

El hecho de que los propietarios obtengan 1.000 millones en alimentos (es decir, 1/3 de los alimentos totales) para el consumo de un millón de familias sobre un total de 4 millones, se explica en términos de la mayor calidad del consumo de esta clase. Ello parece dejar fuera de combate la hipótesis de que los 2.000 millones consumidos en el sector productivo fuesen sólo alimentos y las semillas, al ser utilizadas en especie y no compradas, quedasen fuera de la contabilidad del *Tableau*.

La ingeniosa solución de Meek (1963, p. 279) consiste en considerar la mitad del trigo disponible en el sector manufacturero y comercial como trigo para exportación y no para consumo, lo cual reduce este último a 500 millones, cifra consistente con las escalas de población. La auténtica producción de las ciudades es de 1.500 millones de libras, a lo que hay que añadir 500 millones en productos importados; el total se distribuiría entonces por mitad entre propietarios y arrendatarios (1.000 millones a cada clase). Ello es también consistente con varios pasajes en los que Quesnay supone que 1/10 de la producción anual agraria sería exportada. Al mismo tiempo este arreglo permite pensar en que las ciudades obtendrían un beneficio mercantil indeterminado sin dañar la escala de la reproducción puesto que se obtendría a costa del extranjero y no a costa de los arrendatarios.¹⁰

Esta hipótesis reduce (pero no elimina) el problema del consumo de manufacturas por la clase estéril, que en repetidas ocasiones se considera equivalente al consumo de alimentos, es decir, no a 1.000 millones de libras pero sí a 500 millones tanto en manufacturas como en alimentos, aun en este supuesto.

La solución de Marx al problema, siguiendo a Badeau (en una mención muy breve de la cuestión, Marx, 1969, p. 379) es la de suponer que en realidad las manufacturas se venden a precios superiores a su valor,¹¹ esto es, más altos que los precios (interpreto yo) determinados por el contenido-trigo de sus productos. Los manufactureros obtendrían así una especie de «beneficio sobre la venta» —de nuevo mercantilista en esencia— que les permitiría gastar en su propio sector. En otras palabras, si la descripción inicial sugería un precio de las manufacturas igual a su valor (siendo 2.000 millones de libras el valor de aquella cantidad de mercancías que contuviese trigo por valor de 2.000 millones de libras, tanto en calidad de alimento de los manufactureros como en calidad de materias primas), ahora las manufacturas distribuidas en el *Tableau* a propietarios y arrendatarios tendrían un contenido directo de trigo (o «valor añadido») de, supongamos, 1.333 millones de libras, mientras que los restantes 666 millones serían gastados en el sector manufacturero para alimentar a trabajadores y contar con materias primas a la pro-

10. A esto Marx lo llamó la «recaída de los Fisiócratas en el Mercantilismo». El beneficio mercantil vendría determinado por el exceso de valor de las importaciones sobre las exportaciones en términos de trigo.

11. En ENGELS (1959, cap. X, p. 258), Marx dice que el *Tableau* está formulado en términos de valor. Pero ahí no le preocupa la cuestión de si esos valores son precios de mercado o valores objetivos.

ducción de bienes para consumo interno del sector. Pero esta solución no es consistente con la del problema de las escalas de población.¹²

Meek (1963, p. 282) rechaza la explicación de Marx como contraria a la noción fisiocrática de que los beneficios de los manufactureros serían borrados por la competencia siendo la clase estéril, precisamente, improductiva, es decir, sin beneficios propios en el equilibrio. Sin embargo, la ingeniosa solución de Meek podría muy bien ser reducida a un parecido intercambio de menos trigo (exportaciones) por más trigo (importaciones).

Seguindo en la interpretación esbozada acerca de la magnitud y valor de la producción de manufacturas, puede verse que esa producción, o mejor la parte de la misma que es neta y se distribuye a propietarios y arrendatarios, vale en realidad 2.000 millones de libras si consideramos los requisitos directos e indirectos de trigo, es decir, el trigo que entra directamente en forma de salario y materia prima en la producción de las unidades físicas que salen del sector y el trigo incorporado en las unidades consumidas dentro del sector. Esto es probablemente, lo que Marx implicaba. No es que el precio de las manufacturas tuviese que ser más alto que su valor si se quería tener en cuenta el hecho de que la clase estéril también consumía manufacturas. Se trata sólo de notar que los costes directos (el «valor añadido») son inferiores a los costes totales, y de ello no se deriva la existencia de beneficios.

Dos consecuencias pueden extraerse en este punto:

1. El estándar de valor en el *Tableau* es el trigo y, por tanto, es el precio del trigo —no el de las manufacturas— el que puede interpretarse en un sentido como necesariamente más alto que su valor.

2. El modelo que examinamos no trata al capital como una mercancía plenamente desarrollada. El capital es producido dentro de cada sector y no entra en la circulación, que se define como circulación *entre clases*. De ahí en parte que Quesnay se despreocupara de los flujos internos siempre que se supusiera que la reproducción anual regeneraría sin costes estos flujos.

En cuanto al primer punto, la base de la «teoría del valor» fisiocrática es el contenido-trigo de las mercancías, entendiendo por mercancías los productos que circulan entre clases. El trigo es aquí la sustancia del valor. Así el valor de las manufacturas, como vimos, es igual al trigo que entra en su producción. Pero del mismo modo que en la teoría clásica del valor sólo el trabajo movido por capital es trabajo productivo (puesto que precisamente *produce plusvalía*, que es lo único que los capitalistas en conjunto entienden por «producir»), en este modelo sólo es trigo productivo el que se combina con la tie-

12. En esta perspectiva la inconsistencia algebraica de Quesnay podría interpretarse como un error conceptualmente significativo: Quesnay habría prescindido, en sus datos de población, de los artesanos o manufactureros empleados en la producción de herramientas artesanales. Pero aun en este supuesto habría que arreglar las proporciones de trigo utilizado por cada una de las dos ramas del sector manufacturero como salario y materia prima para que la dualidad valores-población funcionase coherentemente.

rra para producir alimentos y materias primas. Y no utilizándose «trigo productivo» en la manufactura, la tasa de plusvalía es cero en este sector.

El trigo aparece aquí, por tanto, en dos conceptos: como sustancia del valor, y carente, por tanto, de valor él mismo, y como mercancía, cuyo valor es igual a la cantidad de trigo incorporada en su producción.

El esquema es paralelo al tratamiento que Marx hace de la fuerza de trabajo, cuyo valor de uso, que el capitalista se apropia en la producción, excede a su propio valor de cambio.¹³ De modo semejante, los arrendatarios no devuelven a la tierra y al trabajo agrícola en forma de semillas y salarios la totalidad de su valor de uso. El suelo y el trabajo agrícola aparecen aquí como contenedores de trigo productivo, como trigo transformado, del mismo modo que el trabajador contiene fuerza de trabajo en la teoría marxista del valor y obtiene una mera restitución del mismo tras ejercitarlo en forma de trabajo vivo o actividad laboral.

En cuanto al segundo punto mencionado, además de los 5.000 millones de libras de trigo que se producen anualmente en la agricultura, este sector produce 1.000 millones adicionales, que en el *Tableau* aparecen a veces como correspondiendo a la producción de piensos.¹⁴ Esta partida puede interpretarse, a los efectos de la comparación con la economía política clásica, como representativa del capital fijo amortizado anualmente; el ganado sería aquí el capital fijo y el pienso aparecería como representación de los flujos de depreciación y costes de mantenimiento asociados con este tipo de capital.

El punto de vista de Quesnay es que este capital constante, como no circula entre clases, puede obviarse en la contabilidad, con tal de que su disponibilidad año tras año esté asegurada. Ocurre aquí algo parecido al tratamiento de la maquinaria en el sector manufacturero, cuya no aparición en los esquemas contables ha hecho suponer a menudo que era ignorada totalmente por Quesnay. Sin embargo, a la luz de lo dicho antes queda claro que tal ignorancia no está necesariamente implicada en el modelo, sino sólo el supuesto de que la maquinaria no es producida fuera del taller donde se producen manufacturas de consumo, y aún podría hacerse menos restrictivo el supuesto para abarcar también en el modelo la utilización de instrumentos productivos producidos dentro del sector manufacturero, con las dificultades ya vistas para compatibilizar todo esto con las escalas de población.

La posición de Quesnay podría ser resumida en los términos de Marx como correspondiente a una situación en la que los bienes de capital fijo, existentes o no, no se han convertido todavía en mercancías, circulan escasamente dentro de cada clase o sector y no circulan en absoluto entre clases.¹⁵

13. J. M. Vegara ha desarrollado ese paralelismo formal en su artículo de 1973.

14. MEEK (1963, pp. 283 y ss.), construyó el sistema contable apropiado a la correspondiente reproducción de 6.000 millones.

15. Los pasajes en que los flujos de amortización en la agricultura tienen una contrapartida real en manufacturas (utillaje, etcétera), deben despreciarse en el contexto del modelo (MEEK, 1963, p. 279, n. 5). (Véase *supra*, n. 8.)

III. QUESNAY FRENTE A RICARDO EN LA TEORÍA DEL COMERCIO

El slogan «laissez faire, laissez passer» se asocia usualmente con los fisiócratas, aunque probablemente fue utilizado primeramente por el prefisiócrata Boisguillevert. Pero lo curioso es que el significado económico de la frase, para los fisiócratas, era en cierta manera opuesto a lo que el libre cambio vino a ser en la tradición anglosajona. Libre cambio era para los fisiócratas libertad de comercio *dentro de la nación* (en lo cual apuntaban a la misma unificación del mercado nacional a la que se referían los mercantilistas) y *libre exportación de trigo*, no precisamente libertad de importación. N. J. Ware (1931) destaca este punto netamente a partir de una lectura de Le Mercier de la Rivière.

Le Mercier fue aún más allá, pues puso de relieve que una vez alcanzado el modo de producción óptimo el comercio exterior sería innecesario, si bien debía permanecer como una posibilidad abierta en calidad de regulador del precio. Según Le Mercier:

Una nación, una vez llegada a las mejores condiciones posibles, para nada necesita del comercio exterior... su comercio exterior disminuye en la misma proporción en que su comercio interior aumenta.¹⁶

Así, en la transición entre los dos equilibrios, el comercio exterior juega un papel primordial (ver el *Premier Problème Économique*, Quesnay, 1888). La libre exportación de grano empuja sus precios al alza de modo que el nuevo capitalista agrícola es capaz de recuperar rápidamente los adelantos precisos para poner en marcha el nuevo modo de producción con caballos y explotaciones en gran escala. Al mismo tiempo, la libre importación de manufacturas anula por competencia los beneficios de los manufactureros, de forma que estos últimos no están ya en condiciones de dañar la cómoda reproducción de los enormes desembolsos de capital obligados por el nuevo modo de producción en tal campo.

Una vez el nuevo modo de producción se establece firmemente, en cambio, el libre cambio significa tan sólo que los propietarios-capitalistas no tienen que preocuparse por la posibilidad de una drástica caída de los precios en caso de que se obtengan grandes excedentes.¹⁷ Quesnay había observado que después de los años de abundancia invariablemente aparecía el hambre. Porque la abundancia llevaría a los arrendatarios a cortar la producción hasta niveles en que sólo su estricta subsistencia quedara asegurada, y la escasez aparecería.

16. El texto de Le Mercier (citado por N. J. WARE, 1931) invalidaría quizá la solución de Meek al problema de las escalas de población (ver *supra*, p. 52).

17. Quizá podría interpretarse esto en términos de un programa lineal dinámico para el período de transición: los mercados exteriores impedirían que los excedentes positivos fuesen bienes libres y que el sistema se degradase.

Esta situación al menos a primera vista, contrasta grandemente con la doctrina de los costes comparativos de Ricardo. La intensidad de población de Gran Bretaña colocó allí a los propietarios en las mejores condiciones para embolsarse los beneficios del crecimiento, y en último término ello suponía un límite al crecimiento mismo. En condiciones de rendimientos decrecientes a las adiciones de capital y trabajo, debido al crecimiento de la población y el agotamiento de la tierra de buena calidad, la única salida para las clases dominantes en Gran Bretaña era confiar en la expansión de la manufactura enfrentándose a los intereses de la propiedad, es decir, aboliendo las leyes del trigo para obtener trigo barato del extranjero.

El «mensaje» de Quesnay es válido aún en estas condiciones, pues no siendo el trigo extranjero «trigo seguro» en caso de guerra, la guerra tenía que preceder a su obtención.¹⁸

Así pues, incluso si la fórmula fisiocrática puede parecer un complemento de la doctrina de Ricardo vista desde el otro lado del comercio, la reversibilidad no es totalmente legítima a los ojos de los primeros economistas. Para ellos la nación que produce mercancías *básicas* tiene las de ganar en última instancia, o lo que es lo mismo, puede en última instancia prescindir del comercio. Las mercancías no se producen con mercancías *tout court* sino con mercancías *básicas*.

Todo iría bien para todos mientras las naciones no se sintieran amenazadas unas por otras, bien al pretender mejorar sus relaciones de intercambio recíprocas, bien al coincidir en la pretensión de asegurarse el dominio sobre terceros países (para obtener las mercancías básicas de éstos o asegurarse sus mercados). Desde el punto de vista de Quesnay, cabe pensar, la industria francesa tenía que «pagar un subsidio» a la agricultura (renunciando a obtener beneficios netos) para que la nación estuviera en condiciones de ejercer en el comercio el poder que le confería su abundante dotación de tierras de calidad. En cambio, la burguesía británica tenía que ser imperialista antes de que fuera demasiado tarde y de que su debilidad real apareciera.

Hay pasajes en Quesnay en los que parece reconocerse hasta qué punto el trigo de Pensilvania constituía una amenaza para su doctrina. Pero no habían de ser tanto las colonias norteamericanas de Inglaterra como un desarrollo interno del modo de producción capitalista lo que bendeciría definitivamente a la burguesía industrial —y antes que nada en Inglaterra— como la clase del futuro. Lejos de convertirse la manufactura en una rama de la agricultura, como los fisiócratas pretendieron, fue esta última la que se convirtió en una rama de la industria. Sólo con Turgot¹⁹ empezaron los economistas franceses a vislumbrar el cambio: los últimos escritos de Quesnay

18. No es causal que la flota inglesa se hiciese presente en las costas de Portugal cada vez que los productores locales de tejidos trataban de obtener protección para sus nacientes industrias.

19. Ver T. C. LUNDBERG (1964), mostrando que es de Turgot de donde A. Smith sacó el concepto de «capital». Ver también MEEK (1973).

(*Lettre du Fermier à son Propriétaire* y *Lettre du Propriétaire à son Fermier*, 1768, en Quesnay, 1888) se inscriben todavía en la línea de combatir la idea de que la «satisfacción» (*jouissance*) constituía la base del valor, de forma que la creación de nuevas necesidades (de manufacturas) tuviera que ser bienvenida en la agricultura. Si las manufacturas devenían un input necesario en la producción de trigo se iban al traste la inequívoca tasa-trigo de beneficio y el sistema fisiocrático entero.

No veo claro, sin embargo, si puede decirse que los fisiócratas defendían una determinada fase (incompleta y frágil) del desarrollo capitalista frente a los «peligros» del capitalismo industrial que se anunciaba o si simplemente defendían a Francia. La satelización de la agricultura por la industria era un proceso inevitable en un país donde aquélla trabajase bajo rendimientos decrecientes y ésta bajo rendimientos constantes o crecientes, y en la medida en que se demostrara factible la sustitución de inputs primarios por inputs manufacturados en la producción y el consumo agrarios. Pero los rendimientos decrecientes quedaban lejos en la Francia del XVIII.

Habría que plantearse la cuestión de hasta qué punto el papel dirigente de Inglaterra en la formación del capitalismo mundial no influyó decisivamente en la rapidez con que el capitalismo industrial se convirtió en el paradigma del capitalismo en general, dada la particular dotación de factores de las islas británicas y el interés de la clase más poderosa y dinámica de toda esta época (la burguesía industrial inglesa) en ampliar el mercado de sus manufacturas.

Hoy la historia ha dado la vuelta y está confirmando lo que Hobson y Keynes anunciaron: cambiar manufacturas por trigo no iba a ser una solución eterna para Gran Bretaña (aunque no puede negarse que le ha proporcionado más de un siglo de prosperidad, de las guerras napoleónicas a la segunda guerra mundial). El enfoque smithiano del comercio como salida para los excedentes —un concepto esencialmente fisiocrático—, junto con la especialización en mercancías básicas, se está convirtiendo ya en sabiduría convencional en la fase actual de contracción de la economía internacional tradicional.

Esta digresión pone de relieve las limitaciones de la teoría del comercio internacional tal como apareció en Inglaterra y la inexistencia sobre estas mismas bases de una teoría del capitalismo a escala mundial consciente, por tanto, del efecto que en el desarrollo de ese modo de producción tuvo el hecho de su peculiar origen en las islas británicas.

En el caso de Marx, estas limitaciones están relacionadas con la disciplina que se impuso en cuanto al orden de las categorías a analizar en el estudio del capitalismo. Los agregados concretos y complejos —estado, comercio mundial— que constituían el punto de partida de la economía «pre-científica» del XVII y aun del XVIII, debían ser analizados al final, tras un estudio exhaustivo del capital nacional. El hecho de que el trabajo socialmente necesario —la medida del valor— no fuera equivalente al trabajo internacionalmente necesario, y de que, por tanto, trabajos de igual duración pudieran no intercambiarse como iguales en el comercio internacional, constituiría una complica-

ción adicional del esquema, un paso más hacia lo concreto, que Marx no llegó a realizar.

Hay un párrafo de la *Introducción General* (1857, cap. 3) que ayuda a comprender cómo Marx relegó la existencia concreta y real del capital nacional en un marco más amplio:

El *concepto de riqueza nacional* que se va formando imperceptiblemente en los economistas del xvii y que en parte continúa siendo válido para los del xviii, implica que *la riqueza se produce sólo para el Estado* y que el poder del Estado es proporcional a esa riqueza. Era todavía una manera inconscientemente hipócrita de anunciarse la riqueza y la producción de riqueza como objetivo de los Estados modernos, considerando a éstos meramente como medios para tal producción.

(Citado de la edición McLelland de las *Grundrisse*, p. 42. La traducción y los subrayados son míos.)

Las alabanzas de los fisiócratas al rey y al Estado eran realmente una «manera inconscientemente hipócrita» de presentarse el capitalismo en escena antes de devorar a ambos. Probablemente podría mostrarse que los nuevos terratenientes burgueses salidos de los rangos de la burocracia, cuyos intereses defendían los fisiócratas,²⁰ necesitaban el apoyo del rey para vencer la resistencia de los señores feudales. Pero ni el Estado —ni tampoco el rey de Inglaterra— dejaron de existir en el seno del capitalismo. Más bien adquirieron una nueva forma, bajo la cual fueron llamados a escena una vez tras otra por el capitalismo, y de modo creciente desde los años treinta para acá. El nivel subordinado adquiere de nuevo la primacía.

Entretanto nos hemos quedado sin una teoría del capital agregado, sin una economía política de los Estados nacionales y del comercio entre ellos. Posiblemente de aquí provengan las debilidades de la teoría marxista del imperialismo, anclada casi siempre en último término en la caída del tipo de beneficio en las naciones delanteras, es decir, en una base muy general y escasamente operativa.

IV. CONCLUSIÓN

Para terminar este artículo quiero sugerir que quizás una razón para la secuencia del análisis en el *Capital* de Marx pueda hallarse en la relación de Marx, por un lado, con la escuela fisiocrática y, por otro, con la economía política clásica de Smith y Ricardo.

Quesnay, como Marx señaló repetidamente, era mucho más consciente que los ingleses (especialmente Smith) de los requisitos de la reproducción, y concretamente de la necesidad de incluir el capital constante en la contabili-

20. Véase este punto convincente establecido por N. J. WARE (1931).

dad del valor. Salarios, beneficios y rentas, como escribió Smith, constituyen el valor añadido, pero no agotan la totalidad del valor producido en un período. Ricardo ideó una solución simple del problema al establecer sucesivamente las condiciones de producción bajo las cuales la restricción del capital constante no afectaría en gran manera a la formación de los valores. Pero Marx no quedaba satisfecho con una teoría que trataba adecuadamente la distribución (es decir, una teoría de los beneficios), sino que extendió su investigación hacia el estudio de las condiciones de la reproducción, en el sentido de una teoría del crecimiento.²¹

En esto juega un papel el modelo fisiocrático. Pues el *Tableau* estaba construido sobre supuestos tales que tanto la extracción de plusvalía como la reproducción de sus condiciones a través de un conjunto definido de parámetros de circulación (relaciones de precios y pautas de comportamiento) podían presentarse simultáneamente. Marx intentó el mismo tipo de esfuerzo para un mundo más complicado, en el que la plusvalía surgía tanto en la agricultura como en la industria, y en el que su origen se imputaba no a un solo sector, sino a una mercancía usada en los dos sectores: la fuerza de trabajo. Las dificultades de tal empresa (que eran inescapables después de que los economistas clásicos ingleses hubieran puesto las bases de la generalización de la teoría del valor a todo tipo de trabajo) forzaron a Marx a adoptar un método de sucesivas aproximaciones.²² Así los esquemas de reproducción del volumen II del *Capital* se derivan en el mismo marco de la producción de plusvalía (volumen I), formalmente en paralelo con la estructura del *Tableau*.

Pero si el *Tableau* parecía consistente en este aspecto, sin necesidad de meterse en la cuestión de la modificación de los valores debida a la «redistribución de plusvalía» entre los sectores —puesto que un solo sector la producía y un solo sector, si bien distinto, se la apropiaba—, Marx podía sólo adoptar este atajo en forma de primera aproximación. La «redistribución de plusvalía» en un mundo de tipos de beneficio iguales en todos los sectores conducía a una dimensionalidad distinta de la misma categoría de plusvalía, lo cual complicaba el problema más allá del alcance de los instrumentos matemáticos disponibles para Marx.²³

Éste es un aspecto de las razones por las cuales Marx trató la reproducción en un sistema contable de valores y no en un sistema de precios; en otras palabras, ésta es, en parte, la razón por la que revirtió hacia una dualidad del tipo de la del *Tableau*: valores-cantidades y no precios-cantidades.

Morishima (1973, p. 11) ha dicho en cierto sentido lo mismo al insistir en que la teoría del valor-trabajo sirve en Marx para proporcionar una base de agregación (además de una teoría de la explotación), es decir, un estándar

21. También se han interpretado los objetivos de Ricardo en este mismo sentido. Ver J. R. HICKS, «Ricardo's Theory of Distribution», en PESTON y CORPY (eds.), *Essays in honour of Lord Robbins*, 1972.

22. Ver en este sentido A. SHAIKH (1973).

23. Ver J. M. VEGARA (1973).

de agregación insensible a las variaciones a corto plazo de los precios de mercado y aun a las variaciones a medio plazo de las unidades-salario de Keynes.

Las desventajas de no operar con precios en una teoría del crecimiento o la reproducción son bien conocidas. Ahora bien, en defensa de la utilización de una teoría del valor puede decirse que no existe tal cosa como una teoría pura de la reproducción y el crecimiento, y que el punto de vista de las clases implicadas tiene que ser objeto de una elección inicial (explícita o no) si la teoría ha de tener algún sentido.

El modelo de Quesnay es útil aquí al menos en dos sentidos: primero, muestra cómo la reducción de los intereses de la sociedad a los de una clase emergente dotada de algún derecho a reivindicar su universalidad es una condición necesaria para una teoría significativa acerca del desarrollo de esa sociedad. Segundo, muestra también cómo sólo una teoría del valor puede proporcionar la base de una investigación de este tipo, entendiendo por teoría del valor una teoría con raíces en los «valores» estables de una clase social, y esto será así mientras continúen habiendo clases enfrentadas en formaciones sociales históricamente específicas y en estructuras internacionales conflictivas.

Hay otro aspecto de Quesnay que ayuda a comprender, en mi opinión, esta relación necesaria entre el punto de vista de una clase social y la contabilidad social resultante. Se trata de su manejo del capital constante, del que ya dijimos al final de la sección II (p. 55) que correspondía a una situación en la que la circulación del capital era limitada. En el *Premier Problème Économique* (Quesnay, 1888, pp. 496 y ss.) esa limitación se extiende al capital circulante (semillas), lo que permite tratar al capital como puro valor (independientemente de los precios) al suponerse su circulación circunscrita al intercambio entre productores de un mismo sector.

Es significativo que en el *Problème*, Quesnay, al analizar los efectos de un aumento del precio del trigo supone que el cambio afecta al trigo-salario, que se paga en dinero, pero no al trigo-semilla, que no llega a adquirir valor monetario y se manipula e intercambia en especie (aumentando así aún más el valor del excedente, al contabilizarse la semilla a su valor antiguo). En el modelo de Quesnay, por tanto, el trabajo asalariado no es sino el componente de una clase más amplia, pero hay ocasiones, como ésta, en las que sus características de mercancía empiezan a surgir, al menos en comparación con los bienes de capital cuya circulación se supone más restringida.

En el *Capital*, Marx trata tanto el trabajo asalariado como los bienes de capital en calidad de mercancías, y ello era lógicamente inescapable puesto que el trabajo asalariado nace para él de la separación entre productores directos y medios de producción. Pero la insistencia de Marx en la mercancía *especial* cuyo intercambio por capital oculta la naturaleza asimétrica de todo el modo de producción (es decir, la fuerza de trabajo) sustrae una buena parte de énfasis a su análisis de los efectos de los cambios de precio de los bienes de capital sobre el nivel y el tipo de beneficio. Esto es específicamente cierto

en su tan debatido ejercicio numérico sobre la transformación de los valores en precios.²⁴

Lo importante aquí es que, como en Quesnay, cualquier transacción entre «camaradas capitalistas» podía pensarse como una invariante en relación con los cambios en los precios.²⁵ Es como si los capitalistas se cargaran mutuamente el *valor* de sus transacciones recíprocas, cualquiera que fuese el precio.

En el caso de Quesnay tal simplificación parece más justificable, pues uno puede imaginarse más fácilmente en su caso que los bienes de capital se producen dentro del sector y aun dentro de la misma explotación (o taller). Hasta qué punto el mismo supuesto se infiltra, quizá con menos legitimidad, en los desarrollos posteriores de la economía política (incluyendo el ejercicio de transformación de Marx) es una cuestión abierta.

En cierto sentido, la trayectoria del desarrollo económico, tal como viene representada por sistemas cambiantes de pensamiento económico, está estrechamente relacionada con esta cada vez más amplia conciencia de los costes generados en el proceso de producción social, conciencia creciente que corre paralela a la extensión del concepto de valor, en tanto que los valores unitarios (a corto plazo y si no se tiene en cuenta esa extensión) van declinando de acuerdo con el incremento de la productividad definido en un marco rígido.

Así, el punto de vista adoptado por Quesnay al tratar el cereal-pienso como un don gratuito de la naturaleza (o mejor dicho, del proceso de relación con la naturaleza en que la producción social consiste) es equivalente al adoptado por la economía moderna, y en realidad por los actores sociales, al tratar los recursos cuya reproducción se da por descontada, tales como el aire, el agua o los espacios libres. Se supone que tales recursos «cuidan de sí mismos», por así decirlo.

Pero la creciente mercantilización de la vida social de la que Marx hablaba en el primer párrafo del *Capital* no ha llegado aún a su fin. Esto hace que a largo plazo la representación del desarrollo por un escalar como el tipo de crecimiento no sea admisible: habría que ir añadiendo constantemente columnas a la matriz de los intercambios productivos. El desarrollo consiste en un incremento constante de la masa de valores (paralelo a una caída de los valores unitarios *para cada estado definido de las relaciones con la naturaleza*), del que es difícil distinguir qué parte es debida a la nueva valorización de recursos hasta ese momento gratuitos o automáticamente reproducidos.

Así, nuestro rodeo por los orígenes de la economía política permite observar con cierta mayor perspectiva la ambigüedad del desarrollo de la que hoy somos conscientes por la fuerza de los hechos.

Facultad de Ciencias Económicas
Universidad Autónoma de Barcelona

24. Sobre la legitimidad de uno u otro criterio de invariancia para derivar precios de los valores véase J. M. VEGARA (1973) y D. LAIBMAN (1973). El último defiende que el punto de vista de los trabajadores puede tomarse como base para una elección racional.

25. Ver en este sentido, A. SHAIKH (1973) y también SHANE MAGE (1963).

APÉNDICE

Una formalización posible de la matriz de transacciones o *Tableau*, en términos monetarios, sería la siguiente

$$A_p X_p^* = \begin{pmatrix} 2 & 2 \\ 1 & 0 \end{pmatrix} \quad X_p = \begin{pmatrix} 1 \\ 2 \end{pmatrix} \quad [1]$$

dónde A_p es la matriz de coeficientes en términos monetarios, X_p el vector de los outputs y X_p^* la matriz diagonal de los outputs, siempre en términos de valor o monetarios.

El sector 1 es el agrícola y el sector 2 produce manufacturas (MNF). En esta interpretación se omite la circulación interna en el sector manufacturero, así como los «bienes-interés» en la agricultura (ver p. 55). Los outputs respectivos son de 5 y 2 unidades monetarias, de acuerdo con los datos del *Tableau*.

El sector productivo o agrícola utiliza trigo por valor de dos unidades monetarias, incluyendo el gasto en salarios, y una unidad monetaria de MNF, produciendo por valor de 5. En el sector MNF se usa trigo por valor de 2 unidades monetarias y se producen, como sabemos, MNF por valor de 2 unidades monetarias.

Supongamos que se forman dos tipos de beneficio distintos. Si P es el vector de precios, R el vector de los tipos de beneficio y R^* la matriz diagonal de los mismos,

$$P = A'P + R^* A'P \quad \text{o bien} \quad P = (I + R^*) A'P$$

Siendo A' la traspuesta de la matriz de coeficientes físicos. Es decir,

$$\begin{aligned} (a_{11}x_1p_1 + a_{21}x_1p_2) (1 + R_1) &= x_1p_1 \\ (a_{12}x_2p_1 + a_{22}x_2p_2) (1 + R_2) &= x_2p_2 \end{aligned} \quad [2]$$

Obviamente, dada la información contenida en [1] el tipo de beneficio en el sector MNF tiene que ser cero. Y es posible determinar el tipo de beneficio en la agricultura *independientemente de la información sobre los precios*: $R_1 = 2/3$. Pero ello no quiere decir que el tipo de beneficio sea en general *independiente de los precios*; a partir de [2] sabemos que

$$R_1 = \frac{p_1 - a_{11}p_1 - a_{21}p_2}{a_{11}p_1 + a_{21}p_2} \quad [3]$$

Pero dada la información contenida en [1] nos basta igualar la traspuesta de la matriz de transacciones monetarias con los primeros paréntesis de las expresiones a la izquierda de las ecuaciones [2], e igualar el vector de los outputs monetarios con las expresiones a la derecha de esas ecuaciones

$$\begin{pmatrix} 2 & 1 \\ 2 & 0 \end{pmatrix} = (A_p X_p^*)' = \begin{pmatrix} a_{11}x_1p_1 & a_{21}x_1p_2 \\ a_{12}x_2p_1 & a_{22}x_2p_2 \end{pmatrix} \quad \text{y} \quad \begin{pmatrix} 5 \\ 2 \end{pmatrix} = X_p = \begin{pmatrix} x_1p_1 \\ x_2p_2 \end{pmatrix}$$

para obtener los tipos de beneficio.

Lo que sí es cierto es que *en el caso concreto de los datos del Tableau* y dado que el tipo de beneficio en la manufactura resulta ser nulo, la ecuación [3] puede simplificarse hasta hacer independiente R_1 de los precios. Si $R_2 = 0$, [3] se convierte en:

$$r = \frac{(1 - a_{22}/a_{12}) - a_{11} \left(\frac{1 - a_{22}}{a_{12}} \right) - a_{21}}{a_{11} \left(\frac{1 - a_{22}}{a_{12}} \right) + a_{21}}$$

La única determinación que podemos obtener acerca de los precios se deriva de la relación general en las tablas input-output entre matrices físicas y monetarias: $A_p = P A P^{-1}$. En nuestro caso sólo conocemos A_p :

$$A_p = \begin{pmatrix} 2/5 & 2/2 \\ 1/5 & 0/2 \end{pmatrix} = \begin{pmatrix} p_1 & 0 \\ 0 & p_2 \end{pmatrix} \begin{pmatrix} a_{11} & a_{12} \\ a_{21} & a_{22} \end{pmatrix} \begin{pmatrix} p_1 & 0 \\ 0 & p_2 \end{pmatrix}^{-1}$$

de lo que resulta

$$\begin{pmatrix} 2/5 & 2/2 \\ 1/5 & 0 \end{pmatrix} = \begin{pmatrix} (a_{11}) & (a_{12} \cdot p_1/p_2) \\ (a_{21} \cdot p_2/p_1) & (a_{22}) \end{pmatrix} \begin{matrix} a_{11} = 2/5 \\ a_{22} = 0 \\ a_{21} (p_2/p_1) = 1/5 \\ a_{12} (p_1/p_2) = 1 \end{matrix}$$

De modo que si hacemos $p_1 = 1$, obtenemos $p_2 = a_{12}$, lo cual nos dice que el precio de las MNF en términos de trigo es igual al input de trigo en la producción de una unidad física de MNF.

Así, pues, los datos del *Tableau* están calculados de tal modo que: a) el sector MNF sea improductivo, o su tipo de beneficio nulo, y b) el sector agrario tenga un tipo de beneficio o de creación de excedente que está físicamente determinado. Y ello depende crucialmente del hecho de que el flujo MNF-MNF (a_{22}) sea nulo y la producción de este sector iguale en valor al valor del input de trigo.

Supongamos ahora que hay utilización de MNF en el sector MNF y que conocemos las transacciones en términos físicos —supuestos los dos que el *Tableau Économique*, tal como está presentado, no permite sostener—. ¿Puede llegarse, sin embargo, a los mismos resultados obtenidos antes?

Suponiendo que la matriz de transacciones físicas y el vector de outputs físicos toman los valores siguientes

$$AX = \begin{pmatrix} 2 & 2 \\ 1 & 1 \end{pmatrix} \quad X = \begin{pmatrix} 5 \\ 3 \end{pmatrix}$$

dos casos pueden considerarse: a) $R_2 = 0$, y b) $R_2 \neq 0$.

‘Caso a):

A partir del sistema [2] obtenemos

$$\begin{aligned} (2p_1 + p_2) (1 + R_1) &= 5p_1 \\ (2p_1 + p_2) (1 + R_2) &= 3p_2 \end{aligned}$$

En este caso la segunda ecuación da directamente $p_1/p_2 = 1$ y en consecuencia la primera se resuelve en $R_1 = 2/3$.

Puede, por tanto, obtenerse un resultado numérico semejante al del *Tableau* partiendo de los datos físicos aquí supuestos y sin necesidad de suponer que no hay transacción MNF-MNF. Claro que en este caso, sin embargo, el tipo de beneficio en la agricultura depende *explícitamente* de los precios: pero esto, insisto, no contradice en absoluto la filosofía del *Tableau*, sino sólo *los datos* que Quesnay escogió para simplificar su problema. Nótese que la única restricción teórica y general que se requiere es la de que el tipo de beneficio en el sector MNF sea nulo por virtud de la competencia, y que no es preciso, tampoco, que el valor de la producción de MNF sea igual al valor del trigo *directamente* incorporado en aquella producción.

El ejemplo numérico adoptado aquí no es trivial. El valor de las demandas finales, que se pueden obtener a partir de

$$P^* D = (I - A_p) X_p$$

(dónde D es el vector de las demandas finales) es el mismo que en el ejemplo inicial, el de Quesnay: los propietarios consumen por valor de una unidad monetaria en cada uno de los sectores. Y ello es consistente con la renta de dos unidades monetarias generada en el *Tableau*.

Caso *b*):

El sistema obtenido es el mismo que en el ejemplo anterior, pero aquí $R_2 \neq 0$. En este caso el problema sólo tiene una solución completa, como es sabido, si un tipo medio de beneficio se forma en los dos sectores por igual ($R_1 = R_2$), pues entonces

$$(p_1 \ p_2) \begin{pmatrix} 2/5 & 1/5 \\ 2/3 & 1/3 \end{pmatrix} = 1/(1 + R) (p_1 \ p_2)$$

donde $(1/1 + R)$ es el valor propio de la matriz A . Pero si a_{21} (input de MNF por unidad de trigo) se hace igual a cero, la ecuación del primer sector proporciona directamente un tipo de beneficio inequívoco (trigo sobre trigo, independiente de los precios), e igual a $3/2$, sin necesidad de que R_2 sea nulo ni de considerar por tanto, a la MNF como sector improductivo. El supuesto de movilidad del capital entre agricultura e industria introduce entonces el tipo de beneficio agrícola en la industria. Éste es el tipo inequívoco de beneficio del primer Ricardo y la restricción $a_{21} = 0$ es la que Malthus le denunció como poco plausible.²⁶ La restricción ricardiana puede verse entonces como menos estrecha que la impuesta por Quesnay tal como se interpreta en el caso *a*, pero curiosamente simétrica con la presentación del *Tableau*, donde sólo $a_{22} = 0$ en vez de $a_{21} = 0$ —aunque en el *Tableau* los precios, como sabemos, deben «portarse bien» y no quedan explícitamente determinados—.

26. Ver SRAFFA (1970, p. xxxii).

BIBLIOGRAFÍA

1. BEER, G.: *An Inquiry into Physiocracy*. 1939 (1966).
2. ENGELS, F.: *Anti-Dübring*. Moscú, 1959, y México, 1963.
3. FOLEY, V.: «An Origin of the Tableau Economique». *History of Political Economy*, vol. 5, núm. 1, 1973.
4. HIGGS, H.: *The Physiocrats*. Nueva York, 1968.
5. KUCZYNSKI, M., y MEEK, R.: *Quesnay's Tableau Economique*. 1972.
6. LAIBMAN, D.: «Values and Prices of Production: The Political Economy of the Transformation Problem». Brooklyn College, City University of New York/New School for Social Research, 1973.
7. LUNDBERG, I. C.: *Turgot's Unknown Translator (The Reflexions and Adam Smith)*. La Haya, 1964. Dissertation, New School for Social Research, 1956.
8. MAGE, S.: *The Law of the Falling Tendency of Rate of Profit*. Ph. D. Dissertation. Columbia, 1963.
9. MARX, K.: *Theories of Surplus Value*. Moscú, 1969 y Madrid, 1975.
10. MARX, K.: *General Introduction to the Critique of Political Economy 1857*. Madrid, 1973.
11. MEEK, R.: *The Economics of Physiocracy*. 1963. Versión española: *La Fisiocracia*, 1975.
12. MEEK, R.: *Turgot on Progress, Sociology & Economics*, 1973.
13. MORISHIMA, M.: *Marx's Economics (A Dual Theory of Value and Growth)*. 1973.
14. PHILIPS, A.: «The Tableau Economique as a Simple Leontief Model». *Quarterly Journal of Economics*, 1955.
15. QUESNAY, F.: *Oeuvres Economiques et Philosophiques*. Auguste Oncken, editor, 1888. (Nueva York, 1969).
16. QUESNAY, F.: «*Le Tableau Économique*» y otros estudios económicos, Madrid, 1974.
17. QUESNAY, F.: «*Le Tableau Économique*» y otros escritos fisiocráticos, Barcelona, 1974.
18. ROLDÁN, S.: «En el Bicentenario de François Quesnay», *Anales de Economía*, octubre-diciembre de 1974, pp. 127-212.
19. SHAIKH, A.: «The So-Called 'Transformation Problem'. Marx Vindicated». New School for Social Research, abril, 1973.
20. SRAFFA, P.: «Introduction» to *The Works and Correspondence of David Ricardo*, vol. I, 1970.
21. TSURU, S.: «On Reproduction Schemes». Apéndice de P. SWEETZ, *The Theory of Capitalist Development*, 1964.
22. VEGARA, J. M.: «On *Das Kapital* and the Transformation Problem». 1973. *Jahrbuch der Wirtschaft Ost Europas*, y en *Cuadernos de Economía*, vol. 2, núm. 5, septiembre-diciembre 1974.
23. WARE, N. J.: «The Physiocrats: A Study in Economic Rationalization». *American Economic Review*, diciembre, 1931.
24. WOOG, H.: *The Tableau Economique de François Quesnay (An Essay in the Explanation of its Mechanism and a Critical Review of Marx, Bilimovic and Oncken)*. Berna, 1950.